

GOYA Y MADRID.

Goya sin Madrid no existe.

La universalidad del pintor de Fuendetodos no se entendería si elimináramos de su obra las pinturas relacionadas con Madrid. Desde la historia menuda hasta la vida de sus prohombres y gobernantes, los lienzos del maestro cuentan más sobre la Villa y Corte que los más sesudos estudios sobre los alrededores del nacimiento del siglo XIX. En ella circulan manolos y manolas, chisperos y condes, duques, plebeyos, los reyes de turno, toreros, comediantes, políticos, arrabaleros, santos y ángeles en un calidoscopio de belleza y verdad infinitas. Porque Don Francisco no se limitó a pintar lo que sus ojos veían, sino que profundizó en el alma de sus personajes. Pintó al ser humano más que a la figura humana. Al principio, aplicando sus pinceles con meticulosidad, como si fuera un Velázquez redivivo. Luego, esbozando apenas, dejando que la imaginación del espectador de su abrumadora obra se hiciera dueño de la pintura. Y finalmente, cuando sus potentes dolores de cabeza, su sordera y quizás sus muchos problemas físicos le llevaron al abandono progresivo de la cordura, arremetió con sus sueños, sus desastres, los caprichos y demás disparates.



Desde que en 1.793 comienza a hacerse patente la enfermedad que le perseguiría hasta su muerte en Burdeos 35 años después, su modo de concebir la pintura fue alejándose de los cánones que le precedieron. Se hizo más intimista, mas auténtica, menos preciosista.

Y dio nacimiento al libro de historia y de costumbres de la sociedad madrileña.

Relató en imágenes el tiempo que le tocó vivir, un tiempo que para Madrid pudo ser letal, pero que el tesón de los madrileños hizo que fuera sólo pasajero. Los desastres de la Guerra de la Independencia, las barbaries sin cuento que se cometieron, asesinatos, terror, heroísmo, levantamientos... con un protagonista único: el pueblo de Madrid. De cualquier clase. Cualquiera que fuera su condición. Ese mismo pueblo que vio trabajando



en los modestos oficios de aguadora o afilador o herrero en la fragua. Personajes ennoblecidos por sus pinceles. Y también ese pueblo que se divertía merendando o bailando a

orillas del Manzanares, en una novillada, yendo a la feria, jugando a la pelota o simplemente contemplando los edificios que en su tiempo adornaban la ciudad desde la Pradera de San Isidro, en la otra orilla del Manzanares.

Pero quizás donde más reverenció el pintor a Madrid y a los madrileños fue en la casa de oración de un santo nacido en Portugal, en la Iglesia de San Antonio de la Florida, nuevamente a orillas del río. En su tiempo, y dado el acostumbrado orgullo de los madrileños hacia lo suyo, se dijo que los frescos que Goya había pintado en la Ermita del Santo superaban incluso a las que el mismísimo Miguel Ángel Buonarroti elaboró para la Capilla Sixtina. Exageración o no, que no es este el momento para discutir tal extremo, lo cierto es que, metido en techo y paredes de un edificio religioso que poco tiene de impresionante, se encuentra un maravilloso catálogo de emociones en forma de figuras humanas, celestiales, vegetales y paisajísticas.



En cuanto se accede al interior de la Ermita y se levanta la vista hacia la cúpula central la luz creada por el maestro simplemente ciega. Allí están la vida, el color y la luminosidad excelsa que sólo Goya supo crear.



Bordeando la base de la cúpula y rompiendo de esta forma con toda la tradición que mandaba entonces reservar el espacio central para escenas celestiales, Don Francisco pintó una barandilla por la que circulaban chisperos, majas y embozados, junto a los padres de San Antonio. El Cielo queda en los laterales, el centro es para el pueblo sencillo y alegre, el que adora a su santo por encima de todas las cosas. Así que no es de extrañar que los madrileños idolatren esta representación. Ellos están allí, junto al santo, asistiendo a la escenificación de

uno de sus milagros, aquel en que un difunto, por su mediación, confirma a un juez que su padre es inocente del asesinato que se le imputa.

Goya rompió en este recinto con todo visto hasta entonces en las pinturas religiosas. Ahí está el Madrid que él amaba. Lejos de todos los formalismos que se espera encontrar en una iglesia. Está el mismo Madrid que reflejó en aquellos cartones para tapices que pintó años atrás. Pero más maduro, más real aún. Más vivo. Es como si hubiera invitado a entrar en la Ermita y a situarse en un balconcillo auténtico a todas las figuras que quería. Niños y niñas traviesos. Enfermos y locos. Hombres y mujeres con ropajes propios del pueblo de aquel momento. Todos, todos alegres por estar reunidos con su santo, con el bondadoso Antonio de Padua que, aunque era portugués, es muy querido por los madrileños. Telas vaporosas desbordan la barandilla. Y, hacia el centro, hacia el óculo de la Cúpula, se extiende el cielo de Madrid. Pero el cielo real, el cielo azul intenso que inunda la capital en primavera. Con un árbol grande que hace que la vista se dirija hacia ese punto. A través de la sierra madrileña que se recorta al fondo.



Iluminando la escena...

Antonio Fuster Juárez